

Diciembre en el bosque

por KARL STIELER (1842-1885)

¡Oh qué noche en el bosque, de invierno, tan callada!
Con sus ramas brillantes, perladas por el hielo,
silenciosa y sin sendas, abrumada de nieve,
cómo asciende magnífico su orgullo silencioso.

Brilla la luna llena, muy redonda y muy fría;
en cadenas ingentes, intangibles y sólidas,
están como forjados la montaña y los árboles:
A su mágico hechizo no se escapan las cosas.

Los pájaros se mueven, se estremecen los pinos,
los arroyos se hielan, el frío se desbanda.
Una múltiple vida, temerosa y difícil,
por su dura existencia va librando batallas.

Pero íntimas y lentas, allí campanas tañen,
sobre la oscura tierra, sobre los tristes pueblos.
¡A través de la noche de Navidad, sus cantos
prodigiosos nos hablan de sosiegos eternos!

(Trad. del alemán por F. ALLUÉ Y MORER).

Música de Nochebuena

(Versión lírica de Andre Salmón)

Se dijera que nievan las campanas
y que se oye una música de nieve;
la Virgen se reclina sobre el leve
balcón de las estrellas más lontanas.

¿Qué suspira en el órgano del viento
y hace fluir la deleitosa esencia
de la más alta y célica nacencia,
tornada luego en falso acabamiento?

Una orquesta rumana desordena
el invisible, angélico concierto,
y a las campanas suplen las sonajas...

Danzarines alegres tras la cena,
acordaos de aquel nocturno yerto
en que Dios nace en un montón de pajas.

N. HERNÁNDEZ LUQUERO

Romance de Navidad

El Niño Dios ha nacido.
Entre una vaca y un asno,
tendido sobre unas pajas
está desnudo y temblando
de frío. Por calentarle,
los dos animales, mansos,
le envuelven en invisibles
jirones de aliento cálido,
mientras la Virgen suspira
y entre la risa y el llanto
no se decide José...

(En un rincón del establo,
ángeles de alcorza ponen,
entre albas nubes de raso,
puras visiones de un cielo
deliciosamente cándido...)

Al pie del portal humilde,
la noche cobija un amplio
paisaje de Navidad,
nimbado de luna en cuarto
creciente: montañas grises,
bucólicos valles, llanos...

Nieve de algodón en rama,
hielo de cristal cuajado
visten de invierno las cimas
de inaccesibles picachos.

Cruza un río — vidrios sobre
arenas de corcho — el arco
de un puente rústico; sigue
por entre huertos y prados;
corre por entre jardines
florecidos de milagro,
serpea por la llanura
y al fin termina en un lago
con patos de celuloide,
con lavanderas de caucho,
con islas de escoria, con
peces de papel de estaño...

(Casitas de cartulina
se miran en los remansos).

Pastores, los de Belén,
abandonando el ganado,
por adorar al infante
cruzan senderos y atajos.
El uno lleva en los hombros
el corderillo más blanco
de la majada; otro lleva,
como supremo regalo,
colodras de leche pura;
aquel, jovencillo, un jarro
de miel dorada; aquel otro,
názula dulce en un plato;
y el otro, que se rezaga

porque le pesan los años,
gachas de harina de almortas
lleva en un cuenco de barro.

(Sobre las verdes praderas
solos están los rebaños:
ovejas de arcilla con
patas de alambre o de palo).

En torno del nacimiento,
con voces del ritmo claro,
los niños cantan romances
y villancicos arcaicos:

—...Que suenen las chirimías,
que rían todos los labios,
que el Niño Dios ha nacido...—

(La noche es serena. Bajo
cielos de papel de seda
con nebulosas de talco
—siguiendo el reflejo de una
estrella de gran tamaño
prendida con alfileres
hacia el Oriente lejano—
caminan, sobre sus sobrios
camellos, los Reyes Magos...)

TERTULINO FERNÁNDEZ CALVO